

LA OTRA VENECIA

Contemplar Venecia, aunque sea de lejos, es una emoción insigne para los que amamos la mar. Es la vida sobre ella pero en seco, donde podemos coger lo bueno como el olor y sus reflejos, para dejarla cuando quieres en su extrema dureza. En Venecia se puede vivir la violencia de la mar sin tener que introducirse en ella. Por eso, la primera vez que llegamos allí dejamos pasar la tarde mirando la ciudad desde lejos, viendo cómo sus luces parpadeaban sobre la profunda bahía que la acoge, guardando para la oscuridad y el amanecer la emoción de descubrirla. Durante el día son tantos los turistas que la llenan que uno pierde las referencias y se enturbia la magia de esta increíble villa. Por eso, es mejor dejar pasar el tiempo y esperar a la tarde para deambular por sus canales sin el agobio de los tur-operadores y las góndolas comerciales.

El amanecer nos sorprendió con un día inmejorable; el sol brillaba tenuemente, esparciendo su luz por toda la ciudad de forma difusa, sin apenas vértices. La mar que la rodea estaba cubierta de niebla, y la tierra que forma los istmos aparecía bañada por la calma. Y aún así, la luz sobre Venecia adquiría toda su intensidad. No parecía que el sol brillase solo con sus propia energía, sino que lo hacía con una luminosidad muy especial y tan sutil como cuando las velas relucen tras los vidrios opacos de las ventanas. Los que han ido allí y han madrugado conocen esa luz; un juego de reflejos que emana del polvo de vidrio que cada día se machaca en los cercanos talleres de Murano: areniscas grises, rojas, amarillas y azules, y tan finamente molidas que sus partículas quedan suspendidas en el aire, y en vez de ensombrecer la luz, acaban por darle un mayor lustre y suavidad.

Abiertos en tan mágicas visiones cruzamos la Piazzale de Roma, y llegados al canal Grande para embarcar en una góndola, tras regatera un buen rato el precio de la travesía. La pequeña chalupa de madera se deslizó suavemente, sin apenas ruidos; lo hizo entre magníficos edificios revestidos de hermosos relieves renacentistas. Navegamos bajo el puente Rialto, y tras pasar por delante de la plaza de San Marco, desembarcamos en la Riva Ca di Dio.

Durante el día los turistas rompen el encanto de esta vieja ciudad con sus tránsitos ruidosos y sus ropas coloridas desacomodadas con cuanto tenemos delante. Pero al atardecer y al amanecer, cuando los guías de las excursiones organizadas conducen a las manadas de turistas a sus hoteles y las tiendas y bares cierran sus puertas, se puede descubrir otra Venecia, sobre todo para aquellos que saben ir a buscarla. La ciudad se vuelve más misteriosa, quizás más irreal, y se llena de encantos, destapando la singular belleza de sus casas y sus canales tapados durante el día por la multitud. No hay lugar en el mundo en el que las calles se vean interrumpidas por preciosos puentes de arco en los que tantas y tantas historias de amor se escribieron. Faroles, farolas y luces se encienden con la puesta del sol, y de los colores ocres, granate y blancos que predominan durante el día, las nuevas luces

transforman los edificios convirtiéndolos en más añejos, en más bellos si cave.

Venecia vista desde la Marghera es como un gran barco fondeado en cualquier bahía del mundo una jornada de mar apacible. Sus luces y sombras permanecen quietas, apenas parpadean, solo si acaso se balancean tímidamente por la acción de la brisa. Por unos instantes nos perdimos, y con los ojos todavía abiertos pudimos apreciar recortándose contra la torre de Santa María Gloriosa Dei Frari los mástiles de una nave repleta de cabos, jarcias y palos; en su proa, la silueta de Marco Polo, veneciano universal, admirado viajero de viajeros, que con toda seguridad prosigue alguna ruta etérea, de galaxia en galaxia, de planeta en planeta.

El ruido de unas escandalosas gaviotas nos hicieron regresar a la realidad que vivíamos: un presente del que tengo la impresión que quiere escapar de sí mismo para retornar a su pasado, cuando las aguas casi azules de los canales provocaban reflejos ingrátidos y los peligros cada día más ciertos de su hundimiento eran inadvertidos. Hoy son tantos los medios económicos necesarios para salvar a Venecia del que siempre fue el aliado de su belleza, el agua de la mar, que solo la solidaridad del planeta podrá poner los medio para lograrlo.

Desde hace diez años varios equipos de geólogos, ingenieros y oceanógrafos estudian la forma de parar la constante invasión del agua en sus calles. El cambio climático tampoco ayuda mucho a la singular villa, pues las mareas cada vez son más altas y cubren con persistencia la parte seca de la ciudad. Se han ideado enormes compuertas a modo de las utilizadas en Holanda para sujetar a la mar, pero aún no se ha llevado a cabo el proyecto por eso tan latino de discutirlo todo en lugar de ponerse manos a la obra.

Los mejores científicos en la materia se han aliado con Venecia y su belleza para detener el inefable empuje del Adriático, y la tarea nos es nada fácil. El poco fondo que reina en ese rincón norte del mar Adriático prolonga las mareas y las hacen más fuertes. En los lugares donde hay sondas pronunciadas las mareas se notan menos, pero en aquellas partes de nuestra geografía en las que las lagunas y pantanos bordean los límites de cualquier mar, cualquier elevación de las aguas tienen un efecto multiplicador dada la expansión horizontal que alcanzan las mareas.

No podemos consentir que Venecia vaya desapareciendo paulatinamente. Por ello, la UNESCO ha aportado fondos para que tal catástrofe no acabe por producirse. Ahora hace falta que los políticos y los científicos encuentren el punto de concordia y de partida. Con la tecnología del siglo XXI Venecia todavía puede salvarse, y seguir maravillándonos.